

¡ÁNIMO !

¡ Imbécil ! ¿ por qué lloras ?
¿ Por qué el golpe primero
De la contraria suerte te acobarda ?
¿ Acaso ciego en tu delirio ignoras,
Que como el bien el mal es pasajero,
Que tras la pena el gozo nos aguarda,
Y que tras noche oscura
De llanto y de agonía
Asoma un bello día
Radiante de placer y de ventura ?

¿ Por qué pues sorprendido, anonadado,
Por el dolor presente,
Olvidas la esperanza del contento,
Y te dejas caer desconsolado
En el lecho fatal del desaliento ?

¿ No eres joven aun ? ¿ No corre hirviente
La sangre por tus venas ?
¿ No vas trepando apenas
De la vida por la áspera pendiente ?

Si el destino le hiere
Con implacable mano,
Que llore y desespere
Y á su dolor sucumba
El infeliz anciano,
Sin otro porvenir ante sus ojos
Que una cercana tumba ;

Pero el joven que empieza su jornada
Llevando el alma de vigor henchida,
Que lee con miradas placenteras
Las páginas primeras
Del libro de la vida,
Puede animoso y fuerte
La desgracia sufrir que lo acometa
Y luchar brazo á brazo con la suerte.

No es tan grande la cuita
Que hoy en sus rudas garras te sujeta ;
Aun puedes *esperar*, pobre poeta,
Y en tu edad la esperanza es infinita.

¡ Ea ! enjuga ese llanto degradante
Y mira hacia adelante :
Hermoso, grande, dilatado, inmenso,
Poblado de cascadas y de flores,

Te se presenta el campo de la vida.
¡ Huya el pesar intenso !
¡ Torne el valor á tu ánima abatida !
Si hoy la dicha perdiste
Aun puedes esperar futura gloria ;
Si hoy débil sucumbiste
¡ Mañana será tuya la victoria !

De mi vida el hermoso y limpio cielo
Donde brillaba un astro refulgente
Perdió su esplendidez y sus colores.
Tendió la noche su siniestro velo,
Cayeron sobre mí los sinsabores,
Y doblegué con ánimo doliente
La moribunda frente...

Mas luego ardiente late
El corazón del vate,
Pronto recobra la perdida calma,
Y ocultando en el fondo de su alma
Sus caras, sus eternas afecciones,
Y su rencor profundo,
Alza la frente, á su Hacedor bendice,
Y lleno el pecho de valiente brio,
Hendiendo el aire con su acento dice :
¡ El Porvenir, el Porvenir es mío !

Valparaíso, Noviembre de 1858.

LOS DÍAS TURBIOS

Hay unos días desesperantes
En que me carga la humanidad,
En que las horas y los instantes
Son largos siglos de obscuridad,

En que fermentan, en que se agitan
Diablos y brujas dentro de mí,
Y con impulso feroz me incitan
Á la barbarie y al frenesí.

Mi alma achicada se ensancharía
Si viera entonces en derredor
Sangre, matanza, carnicería,
Luto, exterminio, ruinas y horror.

En esos días turbios, aciagos,
Que enorgullecen á Barrabás,
Me causa enojos quien me hace halagos,
Y la indolencia me irrita más.

Ni el mar ni el cielo tienen belleza,
Del sol los rayos túrbidos son,
Turbia la limpia naturaleza,
Y turbia toda la creación.

En nada hay galas ni poesía,
Y mundo y hombres, y todo, en fin,
Respira honda misantropía
Cuando respiro bajo el esplin.

Ante mis ojos todo está negro ;
Y triste presa de mi rencor,
Si alguien padece ¡ cuánto me alegro !
Si alguien se rie ¡ me ahoga el furor !

Salgo á la calle, corro al acaso,
Cual sombra en busca de su ataúd,
Y si aturdida me cierra el paso
Formando oleadas la multitud,

¡ Oh Dios, exclamo, tú que criaste
Al vigoroso, fuerte Sansón,
Dáme sus fuerzas para que aplaste
Á estos cristianos de un manotón !

Y despechado y enfurecido
No ceso en vano de resollar,
Por ver si logro de un resoplido
La muchedumbre pulverizar.

¡ Quién fuera tigre, dragón satánico,
Chacal hambriento, hiena cruel,
Para lanzarse sembrando el pánico
Sobre este hirviente feliz tropel !

Pronto del campo dueño quedara,
Y me holgaría viendo el pavor
De los que acrecen con su algazara
El aislamiento de mi dolor.

Entonces nada piedad me inspira,
Soy una horrible furia infernal,
Rica en ponzoña, llena de ira,
Y ávida sólo de hacer un mal.

En mi alma rugen cien tempestades,
Que estallar quieren con prontitud ;
No me conmueven sexos ni edades,
Ni la inocencia, ni la virtud.

¡ Ay de él ! si me habla viejo mendigo
De una limosna viniendo en pos :
¡ Váyase al diablo ! ronco le digo.
¡ Quite el imbécil ! ¡ Ira de Dios !

¿ Podrá al aspecto de un hombre triste
Enternecerse mi corazón,
Si en esas horas ninguno existe
Que yo más digno de compasión ?

¡ Ay ! del incauto que se detiene,
(No, por supuesto, con mala fé,)
En la vereda por donde viene
Sacando chispas veloz mi pie :

Al divisarlo de dicha estallo,
Y al pasar raudo, con gran placer,
Dóile un codazo, písole un callo
Y estrellas le hago sin duda ver.

Si dos se hieren en crudo pleito,
Si da un imbécil un tropezón,
Con sus clamores ¡ cuál me deleito !
¡ Qué alivio siente mi corazón !

Donde hay dolores hallo placeres,
Crece mi saña do brilla el bien,
Odio á los hombres y á las mujeres,
Y hasta á mi Musa la odio también.

Pero si á todos mi pecho agravia
Cuando enconado los odia así,
Por nadie tanto desprecio y rabia
Experimento como por mí.

Sobre mi rostro torvo y sombrío
Llevar quisiera férreo antifaz,
Para que el negro mal humor mío
No diera á nadie pena ó solaz.

Que en esos días en que detesto
Á cuanto existe y adoro el mal,
Tal es mi traza, tal es mi gesto,
Tal mi deseo, mi indole tal,

Que, sin cuidarme de la modestia,
Os confieso, hombres, en alta voz,
Que en esos días soy una bestia
Salvaje, arisca, rara y feroz.

Sevilla, Noviembre de 1859.

EL ÍTEM MÁS

Que por desobediente
Arrojó Dios á Adán del Paraíso
Cuando lo sorprendiera de improviso
Siguiendo los consejos
De la fatal serpiente ;
Y que en el mismo acto,
Por supuesto dejándolos perplejos,
Á Eva y á Adán maldijo furibundo,
Añadiendo al segundo,
Que andaba estupefacto :
« Adquirirás el pan que te alimente
Con el sudor de tu cansada frente. »
Y á ella entre otros primores,
« Parirás con dolores, »
Cuenta la Biblia, pero no relata
Una importante, inédita postdata,
La que sin duda ignora,

Ignorancia que yo hallo disculpable
Porque fué producción de última hora,
Y en esa feliz época no había
Como hoy maestros de taquigrafía.
Y como yo me esmero
En dar á mis lectores novedades,
Y ando de ellas á caza,
Hoy que he pescado esta
Dejar de referirsela no quiero.
Basta pues ya de cháchara molesta,
Y antes que mi cachaza
El diploma me traiga de antipático,
Al grano, que es por hoy tan menudito
Como uno de mostaza,
Como un grano homeopático.

Ya iban Adán y Eva trasponiendo
Del feliz Paraíso los dinteles,
Sus cálculos haciendo,
Y altamente mohinos
De por siempre dejar tan peregrinos
Y acabados verjeles,
Sin siquiera atreverse á alzar los ojos
Por respeto de Dios á los enojos.
Y sin que esta modestia los salvara
De la temida, nueva reprimenda,
El Señor de repente
Volvió á ellos la cara,
Y con voz imponente
Dijo á Adán lo siguiente :

« *Item más* : cada vez que te apartares
De tus patrios lugares,
Al punto en que tu pie pasado haya
La divisoria raya,
Ora al sur te encamines, ora al norte,
Á cada paso de tu triste viaje
Vendrá á embestirte una infernal cohorte
Pidiéndote implacable un pasaporte,
Registrando curiosa tu equipaje
Como si fuera suyo,
Y verás mil desconocidas gentes
Todas hablando idiomas diferentes
Ninguno de los cuales será el tuyo. »
Y con estas fatales
Palabras, que hoy cumplidas
Ven al pie de la letra los mortales,
Definitivamente
Cerró el Supremo Juez los tribunales.

París, Diciembre 1859.

D. CARLOS AUGUSTO SALAVERRY

Nació en Piura por el año de 1831 y es hijo del malogrado general Salaverry. Ha escrito diez dramas representados con éxito en varios teatros del Perú y del extranjero. El señor Salaverry sigue la carrera militar. Las poesías amorias que de él insertamos forman parte de una colección inédita titulada CARTAS Á UN ÁNGEL.